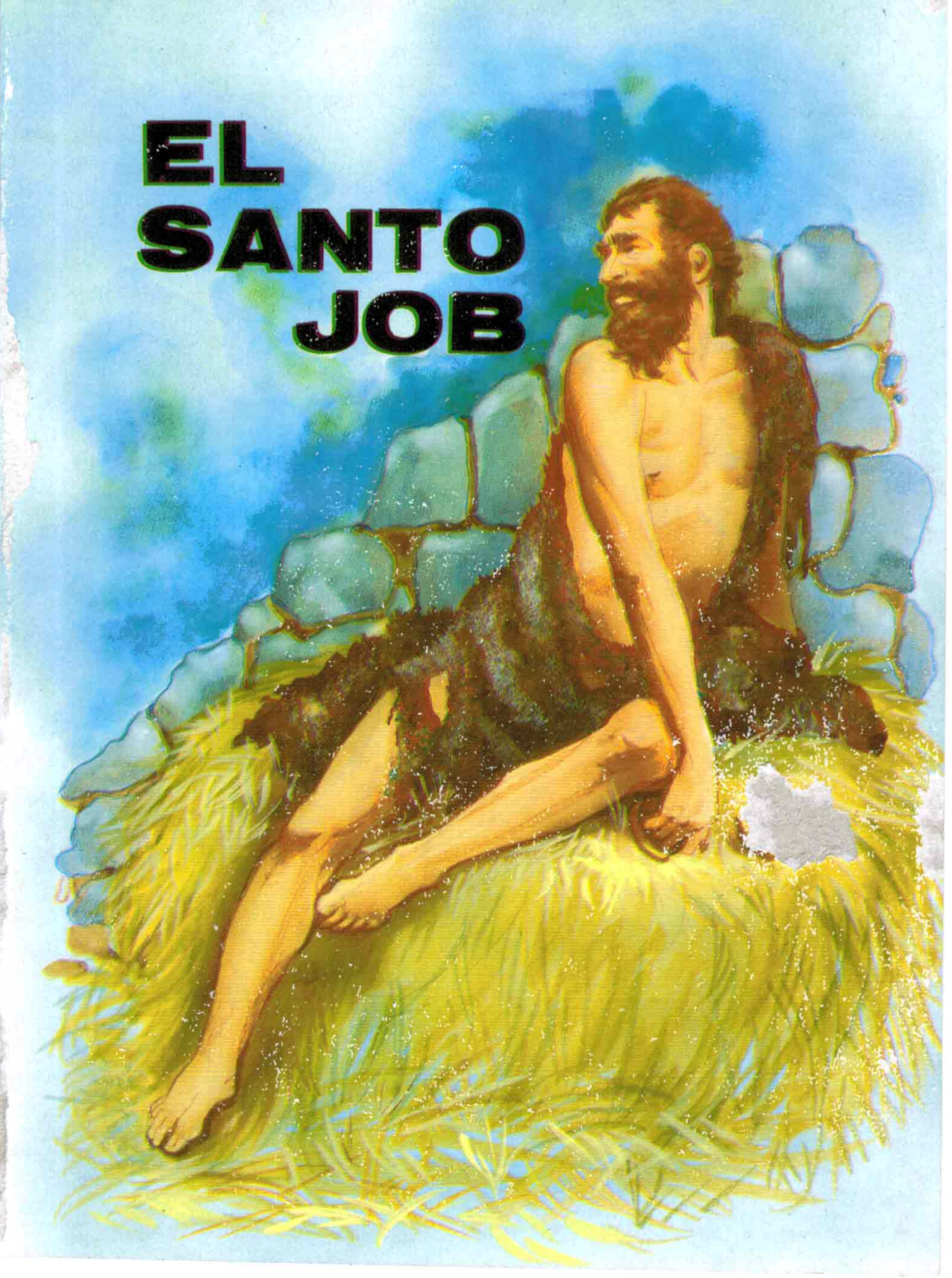
EL SANTO JOB



EL SANTO JOB

Andrés Codesal

I.S.B.N. - 84-7770-274-8 • D.L.: B.35484/95

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

¿Quién era Job?

Había en el país de Hus, territorio de Idumea, un varón célebre llamado Job, hombre sencillo y recto, temeroso de Dios a quien adoraba y le ofrecía sacrificios.

Job era un perfecto cumplidor de la Ley de Dios, siguiendo los dictámenes de su conciencia, huyendo del mal y practicando el bien con todos los hombres, y socorriendo con especial cuidado a los más necesitados.

Job era ojos para el ciego y pies para el cojo; era tenido como el padre de todos los pobres y desvalidos, a los que ayudaba con gran interés. Jamás nadie llamó a su puerta que no hallase lo que necesitaba y que no se marchase contento.

Tenía Job siete hijos y tres hijas, a los que educó en el santo amor de Dios y en la práctica de la virtud.

Job era muy rico: pues tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas.

Tenía también a su servicio, para guardar los ganados y para cultivar los campos, muchísimos criados, a los que trataba como si fueran sus propios hijos; por lo cual era este varón un gran príncipe muy honrado y respetado entre los orientales.

Sus hijos solían reunirse y celebrar convites en sus casas, cada cual en su día; y enviaba a llamar a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos.

Concluido el turno de los días del convite, enviaba Job a llamar a sus hijos e hijas y hacía que se purificasen. Y levantándose él muy de mañana, ofrecía holocaustos a Dios por cada uno de ellos. Porque decía: No sea que mis hijos hayan pecado, excediéndose con sus fiestas y desechando a Dios de sus corazones. Esto hacía Job, preocupándose por el bien espiritual de sus hijos en todos aquellos días. Ninguna desgracia que pudiera ocurrirle a sus hijos, temía Job tanto, como el que pudieran llegar a ofender a Dios gravemente.

Satán dispuesto a arruinar a Job

Pero cierto día hubo un gran acontecimiento en el cielo, y, concurriendo todos los hijos de Dios, esto es, los ángeles a presentarse delante del Señor, compareció también entre ellos Satanás, al cual dijo el Señor:

Y tú ¿qué haces aquí? ¿De dónde vienes?

Él respondió: Vengo de dar la vuelta por la tierra y de recorrerla toda.

Entonces le dijo el Señor: ¿Te has fijado en mi siervo Job, cómo no hay otro como él en toda la tierra, varón sencillo y recto, temeroso de Dios y ajeno a todo mal obrar?

Mas Satanás le respondió: ¿Acaso Job teme o sirve a Dios de balde? ¿No lo tienes tú a cubierto de todo mal por todas partes, así a él como a su casa y a toda su hacienda? ¿No has echado tu bendición sobre todas las obras de sus manos, con lo que se han multiplicado todos sus bienes en la tierra? Pero, retira un poquito tu mano y permite que yo le estropee sus negocios y verás cómo te desprecia en tu misma cara.

Dijo, pues, el Señor a Satanás: Yo sé que no es verdad lo que dices, y tengo plena confianza en Job, pero, para demostrarte quién es, y para que tú dejes de calumniarle, te permito que hagas lo que quieras: todo cuanto posee lo dejo a tu disposición; sólo te prohíbo que le toques a él. Puedes despojarle de todos sus bienes, pero a su persona no permitiré que le toques.

Con esto salió Satán de la presencia de Dios muy contento, decidido a arruinar por completo a Job, creyendo que así como él es malo, haría blasfemar a Job.

Reunió, pues, sus ejércitos de espíritus malignos, y cruzando los aires veloces se dirigieron a la tierra, para acabar cuanto antes con toda la gloria y poderío de Job.

Dios permitió que el diablo afligiese a Job porque lo amaba, y las aflicciones sufridas con paciencia, son el mayor tesoro de merecimientos.

Ruina de Job

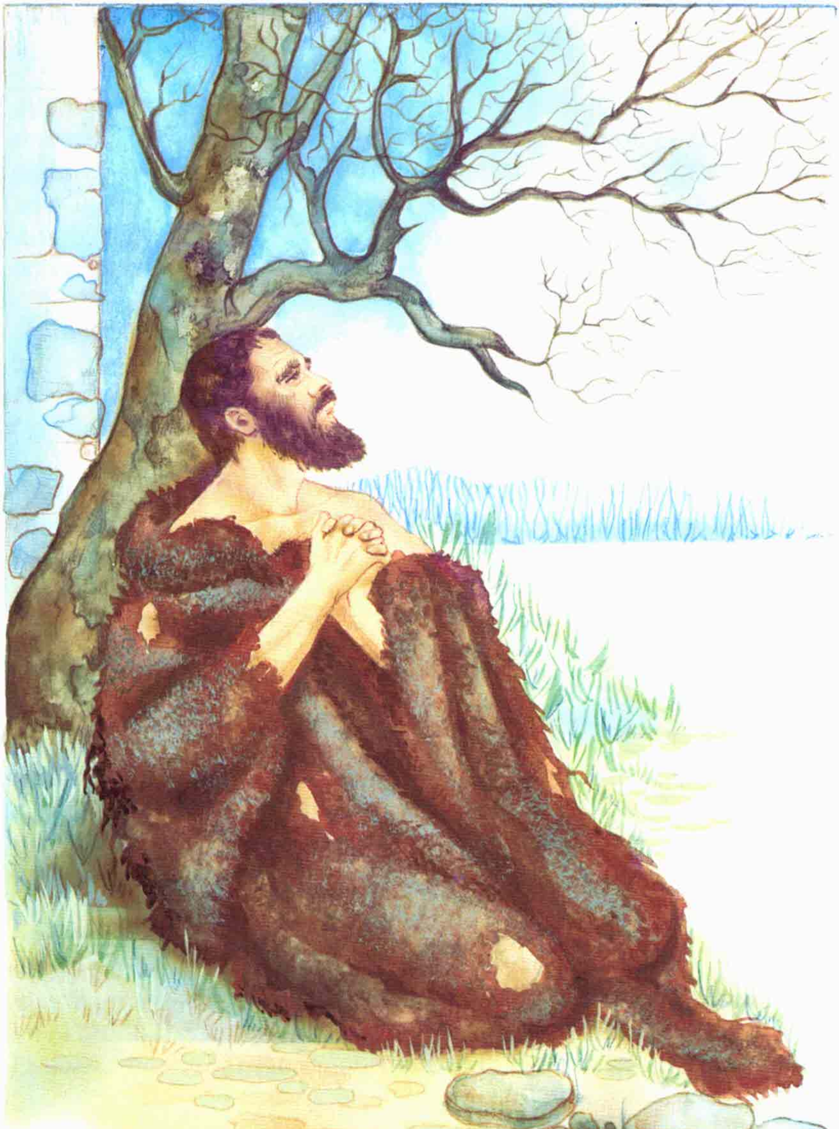
En efecto, mientras los hijos e hijas de Job se hallaban un día todos juntos, comiendo y bebiendo vino en casa del hermano primogénito, llegó a casa de Job un mensajero que le dijo: Estaban los bueyes arando, y las asnas paciendo cerca de ellos, cuando he aquí que han hecho una excursión los sabeos, y lo han robado todo, y han pasado a cuchillo a todos los criados; pues solamente he podido escapar yo para traerte la noticia.

Todavía el mensajero primero no había terminado de hablar, cuando llegó otro jadeante y corriendo, que le interrumpió, diciendo: Fuego de Dios ha caído del cielo, y ha reducido a cenizas todas las ovejas y los pastores, y solamente he podido escapar yo para contártelo.

Todavía estaba éste con la palabra en la boca, cuando precipitadamente entró otro, diciendo: Llegaron los caldeos divididos en tres cuadrillas, y, habiéndose arrojado sobre los camellos, se los han llevado todos, después de haber pasado a cuchillo a los mozos que los guardaban. Solamente he podido escapar yo para traerte la noticia.

No había éste acabado de hablar, cuando llegó corriendo un cuarto mensajero, jadeante y tan fatigado que, con gran dificultad, pudo decir: Estando comiendo tus hijos e hijas y bebiendo vino en la casa de su hermano mayor, ha venido de repente un huracán de la parte del desierto, que ha conmovido las cuatro esquinas de la casa, la cual ha caído, cogiendo debajo a tus hijos, que han quedado muertos; y solamente me he podido salvar yo para venir a decírtelo.

Entonces Job se levantó, y rasgó sus vestidos, y habiéndose hecho cortar el pelo de la cabeza al rape, se postró en tierra y adoró al Señor, diciendo: «¡Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella. El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado. Se ha hecho como ha sido de su agrado: bendito sea el nombre del Señor!».



Triste estado de Job

Y Job continuaba alabando a Dios, resignado, con una paciencia increíble, y en medio de todas sus desgracias, no pecó Job en cuanto dijo, ni habló una palabra inconsiderada contra Dios, sino que todo era decir: Si recibimos de Él los bienes, ¿por qué no hemos de recibir los males? Él es el Dueño de todo; sea por siempre bendito.

Y sucedió que otro día, comparecieron de nuevo los hijos de Dios a la presencia del Señor, y, asimismo Satanás se halló entre ellos, y se puso en su presencia. Y dijo el Señor a Satanás: ¿De dónde vienes tú? El cual respondió: Vengo de dar una vuelta por la tierra y de recorrerla toda.

Le replicó el Señor: ¿No te has fijado en mi siervo Job, cómo no hay otro semejante a él en toda la tierra, varón sencillo y recto, temeroso de Dios y muy ajeno de todo mal obrar, y que aún conserva la inocencia? ¡Y eso que tú me has incitado contra él, para que yo lo atribulase sin merecerlo!

A esto respondió Satanás, diciendo: El hombre dará siempre la piel de otro por conservar la suya propia, y abandonará de buena gana todo cuanto posee con tal de salvar su vida. Y si no, extiende tu mano y toca sus huesos y su carne, y verás cómo entonces te menosprecia en tu misma cara.

Dijo, pues, el Señor a Satanás: Anda, que en tu mano lo dejo; pero consérvale la vida.

Con esto, partiendo Satanás de la presencia del Señor, vino a Job y le hirió con una úlcera horrible, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza; de suerte que no le quedó parte sana en todo el cuerpo, sino que todo él era una llaga producida por la lepra que manaba pus de todas partes, por lo que tuvo que retirarse a un estercolero, y con un trozo de teja se raía el pus y la podredumbre de su cuerpo.

Insensatez de la mujer de Job

Estando Job alabando a Dios y pidiéndole clemencia para sus males, su mujer se le acercó y le dijo: ¿Todavía permaneces tú en tu estúpida simplicidad? ¡Sí; bendice a Dios y muérete! ¿Cómo puedes tú seguir todavía confiando en Dios, después de ver cómo te ha tratado?

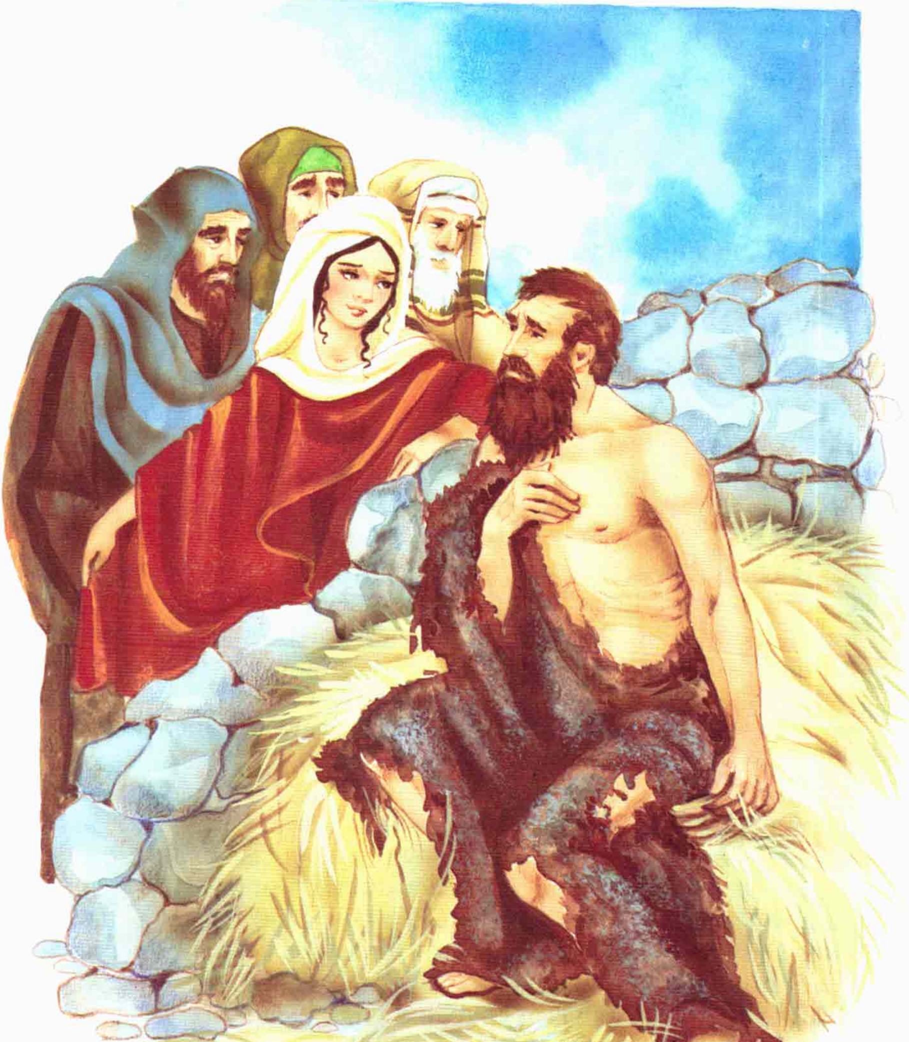
Job le respondió y le dijo: «¡Has hablado como una mujer sin seso! Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no recibiremos también los males?».

Entre tanto, habiendo corrido la noticia de todas las desgracias de Job por todos los países del contorno, tres príncipes amigos de Job salieron de sus casas y partieron desde sus países de origen para ponerse en camino yendo a visitar a Job.

Estos tres señores eran: Elifaz, de Temán; Badad, de Suhá; y Sofar, de Maamat; porque habían concertado entre sí venir juntos a visitarlo y consolarlo.

Y cuando estando todavía lejos alzaron los ojos para verlo, lo encontraron de tal manera que no podían reconocerlo; y viéndolo en aquel lastimoso estado, exclamando palabras turbadas por la emoción, prorrumpieron en lágrimas, y, rasgando sus vestiduras, esparcieron polvo sobre sus cabezas, y, sentados en el suelo, estuvieron siete días y siete noches sin hablar palabra, asombrados de las desgracias de Job.

Después de aquellos días, al fin abrió Job su boca y dijo: «¡Oh, quien me diera que fuese otorgada mi petición y me concediese Dios lo que tanto deseo! ¡Ruego a Dios que el que ha comenzado a herirme, acabe conmigo: deje caer sobre mí su mano y corte mi vida! Pues mi consuelo sería que, sin perdonarme la vida, fuese afligiéndome con dolores, y que yo no me opusiese a los decretos del Santísimo Dios. Porque ¿cuáles son mis fuerzas para poder sobrellevar tantos males? ¿O cuánto tendrá fin mi padecer, para prometerme el perseverar en la paciencia?



Insensatez de los amigos de Job

Al fin empezaron a hablar sus amigos, y mejor era que no lo hubieran hecho por la cantidad de estupideces que dijeron.

En vez de tratar de consolar a Job afligido, más bien le insultaban, diciendo, que si Dios lo trataba así, era por sus pecados, por sus innumerables delitos y por todos los males que había hecho.

Job les contestó diciendo, que efectivamente él no era un santo, sino que en verdad era pecador; pero que, por el hecho de que Dios lo tuviera sufriendo tanto, éste no era un argumento para decir que él fuera a ser más pecador que nadie, pues Dios a los buenos también los hace sufrir, para probarlos en la paciencia, y para que ganen méritos para la vida eterna.

Los amigos de Job le decían que él era un hipócrita y un blasfemo, pues aún después de ver cómo Dios lo trataba, quería justificarse diciendo que Dios también castigaba a los buenos.

En cambio Job, con muchas razones trataba de convencerlos de que la verdadera y sólida recompensa del justo, se halla en la vida venidera y eterna; al paso que en esta caduca y deleznable, y casi momentánea, frecuentemente permite Dios que los impíos prosperen y sean afligidos los justos. De todo concluye que yerran sus amigos al inferir contra él que es un gran pecador, porque padece grandes tribulaciones.

A los justos, dice Job, Dios les proporciona ocasiones de padecer, para que su virtud se acrisole como el oro en el fuego, se fortifique más su esperanza en Dios y se inflame su caridad.

Doctrina es ésta que enseña el Apóstol, diciendo: «Sepamos que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia sirve a la prueba de nuestra fe, y la prueba produce la esperanza, esperanza que no será burlada» (Rm. 5,3;4,5).

Miserias de Job

Job les dijo: «Quien no se compadece de su amigo cuando más sufre, no tiene temor de Dios.

Estáis confundidos a vista de mi firme esperanza; os habéis llegado junto a mí, y habéis quedado cubiertos de rubor; pues habiendo llegado junto a mí y habiendo visto mis males, habéis temblado de miedo. ¿Acaso yo os he dicho: Traedme y dadme algo de vuestros bienes? ¿Por qué razón, pues, habéis contradicho a las palabras de verdad que he hablado, siendo así que ninguno de vosotros puede redargüirme de pecado? Vuestros estudiados razonamientos sólo tiran a zaherirme; os arrojáis sobre mí como sobre un huérfano desamparado, y os esforzáis en acabar de perder a vuestro amigo».

«La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra; y sus días son como los de un infeliz jornalero. Como el siervo fatigado suspira por la sombra, y al modo que el jornalero aguarda con ansia el fin de su trabajo, así he pasado yo meses sin sosiego, y estoy contando las noches trabajosas. Si estoy acostado, digo: ¿Cuándo será de día y me levantaré? Y luego que ya es de día deseo que llegue la tarde, y sufro un mar de dolores mientras llega otra noche. Mi carne está cubierta de podre, y de costras de inmundicia, toda la piel seca y arrugada.

Mis días buenos han corrido velozmente, y han desaparecido sin retorno. Acuérdate ¡oh Dios mío! que mi vida es un soplo, y que volverán a ver mis ojos la felicidad perdida.

¡Oh Señor! ¿Hasta cuándo me has de negar tu compasión, sin permitirme respirar ni tragar siquiera la saliva? ¡Pequé, Señor, mas ¿qué haré yo para aplacarte? ¿Por qué me has puesto por blanco de tus enojos, tanto que ya no puedo resistir más? ¿Por qué no perdonas todavía mi pecado y por qué no borras mi iniquidad?

Yo sé, Señor, que no hay hombre justo si se compara contigo, y si Tú quisieras entrar en juicio con él, de mil cargos que Tú le hagas no podrá responderte a uno sólo.

Deseos de Job

Yo expondré ante el acatamiento de Dios mi conducta y Él será mi Salvador, pues, aunque el Señor me quitare la vida, en Él esperaré.

El hombre nacido de mujer, vive corto tiempo, y está atestado de miserias. Sale como una flor, pero luego es cortado y se marchita; huye y desaparece como una sombra, y jamás permanece en un mismo estado. ¿Y Tú te dignas de abrir tus ojos sobre un ser semejante y citarle a juicio contigo? ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fue concebido? ¿Quién sino sólo Tú?

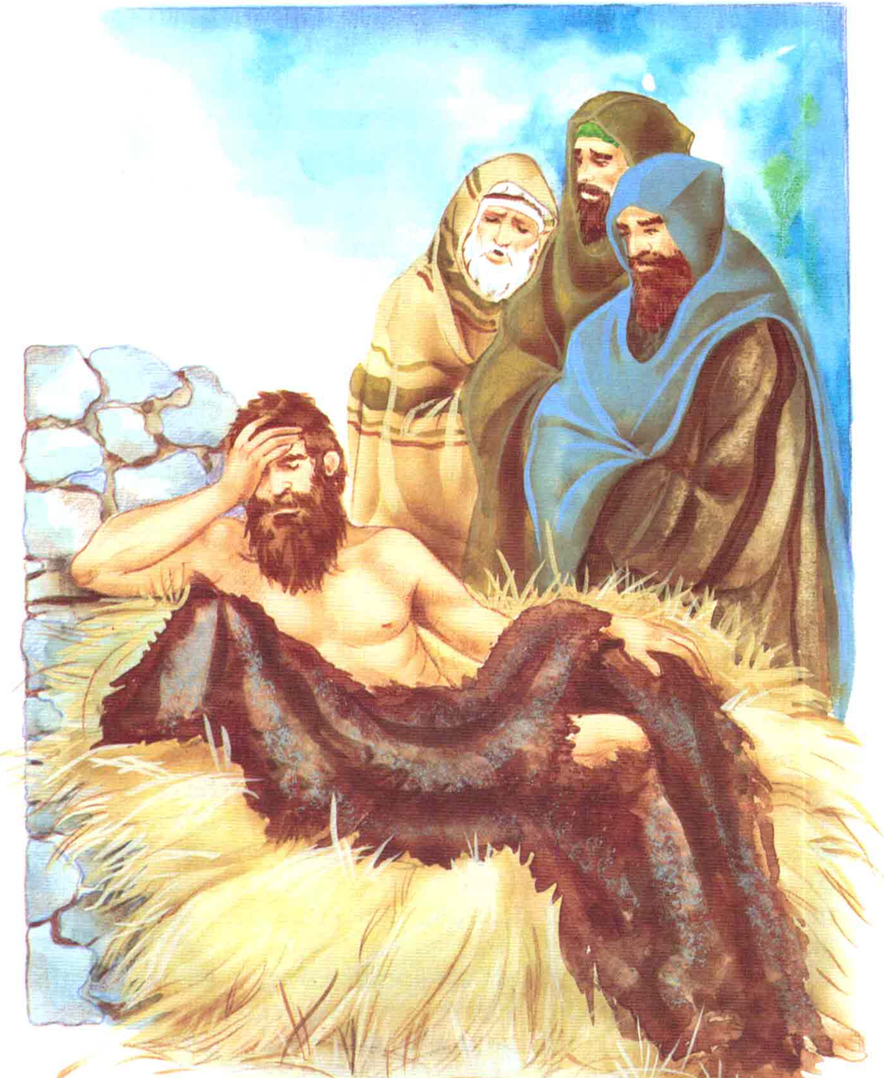
Breves son los días del hombre: Tú tienes contados el número de sus meses; señalaste los términos de su vida, más allá de los cuales no podrá pasar...

¡Oh, quién me diera que me guarecieses y escondieses en el sepulcro hasta que pase tu furor y me señalases el plazo en que te has de acordar de mí! Mas, ¿acaso ha de volver a vivir un hombre ya muerto? Sí, y por eso en la guerra continua en que me hallo, estoy esperando siempre aquel día feliz en que vendrá mi mudanza gloriosa...

¡Oh, quién me diera que las palabras que voy a proferir se conservasen escritas! ¡Quién me diera que se imprimiesen en bronce con punzón de acero, y se esculpiesen en planchas de plomo, o con pincel se grabasen en pedernal!

Porque yo sé que mi Redentor vive, y que yo he de resucitar del polvo de la tierra en el último día, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y con ésta mi misma carne veré a mi Dios. ¡Yo lo veré; yo mismo en persona, a quien contemplarán estos ojos míos...! Ésta es, pues, la esperanza que en mi pecho tengo depositada.

¡Oh tierra! No cubras mi sangre, ni sofoques en tu seno mis clamores. Mira que el testigo de mi inocencia está en el cielo, allí arriba reside el que me conoce a fondo.



Virtudes de Job

Dijo Job: «Mirad, la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor y honrarle, y la verdadera inteligencia, en apartarse de lo malo.

Por eso, cuando el pobre me pedía socorro, yo le ayudaba muy solícito, y también al huérfano que no tenía defensor.

Yo confortaba a los necesitados, y me llenaban de bendiciones, y ayudaba a las viudas que encontraba desoladas. Pues siempre me revestí de justicia, y la equidad me ha servido de manto regio y diadema.

Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo. Era el padre de los pobres a los que trataba como a hijos.

Con gran diligencia trataba de informarme de los pleitos de los desvalidos, ayudándoles a recuperar lo que los malvados trataban de arrebatarle, quedando las quijadas de los malhechores y arrebatándoles las presas de entre sus dientes.

Jamás el peregrino que se acercó a mi casa, se quedó al descubierto: siempre estuvo mi puerta abierta al pasajero.

Jamás puse mi confianza en el oro, ni consideré que en las riquezas consistiese mi poder.

Jamás desdeñé de escuchar y atender las razones de mis siervos, cuando acudían a mí para pedirme alguna cosa.

Desde joven hice pacto con mis ojos de no mirar ni pensar en las mujeres, considerando al adulterio como un crimen enorme y una injusticia horrenda. Pues el que tal hace, ¿qué trato o comunicación puede tener con Dios? ¿O qué parte puede darle el Todopoderoso de su celestial herencia?».

Por estas últimas palabras podemos colegir que Job, además de ser un hombre altamente virtuoso, era un hombre de mucha oración y mucho trato íntimo con Dios. Para ello guardaba una gran pureza de conciencia, no permitiendo a sus ojos fijarse jamás en las mujeres, para poder guardar la más perfecta castidad.

Dios perdona a los amigos de Job

Entonces el Señor desde un torbellino habló a Job, diciendo: «¿Quién es ése que envuelve y oscurece preciosas sentencias con palabras de ignorante? Ciñe, pues, ahora tus lomos y prepárate como varón que entra a pelear: Yo te interrogaré y tú respóndeme: ¿Quién puede resistir a mi semblante? ¿Quién me ha dado algo primero para que Yo deba restituírselo? Mío es todo cuanto hay debajo el cielo...»

Entonces Job, respondiendo al Señor, dijo: «Yo sé que todo lo puedes, y que no se te oculta ningún pensamiento.

Tú me has dicho: «¿Quién es aquél que envuelve sentencias juiciosas con palabras de ignorante?». Por lo tanto, confieso, Señor, que he hablado indiscretamente, y de cosas que sobrepujan mi saber. Mas dígnate escuchar y yo hablaré con más juicio; te preguntaré y Tú tendrás la bondad de responderme. Yo ya, Señor, te conocía de oídas; pero ahora te veo con mis propios ojos. Por eso yo me acuso a mí mismo, y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza».

A Dios le pareció muy bien lo dicho por Job, y, terminando de hablar con él, dijo a Elifaz, temanita: «Estoy altamente indignado contra ti, y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado con rectitud y justicia en mi presencia, como mi siervo Job. Por tanto, haced penitencia y ofrecerme el siguiente sacrificio: Tomad, pues, siete toros y siete carneros, id a mi siervo Job y ofrecerlos en holocausto por vosotros. Y Job, mi siervo, hará oración por vosotros, y Yo aceptaré su intercesión, para que se os perdonen vuestras culpas; ya que no habéis hablado de Mí rectamente, como mi siervo Job.

En consecuencia, se fueron a Job los tres: Elifaz, temanita y Baldad, suhita, y Sofar, nahamita, y ejecutaron cuanto les había mandado el Señor, y el Señor se aplacó en gracia de Job.

Job bendecido por Dios

Asimismo se movió el Señor a compasión de Job, mientras hacía oración por sus amigos, y le volvió el Señor doblados bienes de los que antes había poseído.

Habiendo curado Job por completo de su enfermedad, y habiendo quedado rejuvenecido, le vinieron a ver todos sus hermanos y hermanas, y cuantos antes lo habían conocido y tratado.

Hizo Job en su casa una gran fiesta, y vinieron a comer y a beber con él todos sus antiguos amigos y familiares, y se alegraron mucho de la recuperación de Job, y todos lo obsequiaron con regalos, y a modo de presente, cada uno le ofreció una oveja y un zarcillo de oro.

Y el Señor echó su bendición sobre Job en su último estado, mucho más aún que en el primero, llegando a tener muchas más riquezas y más criados y servidores que antes de su enfermedad.

Llegó a tener catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes y mil asnas.

Tuvo también otra vez de nuevo, siete hijos y tres hijas; de las cuales puso de nombre a la primera Día; a la segunda Casía, y a la tercera Cornustibía (Fray Luis de León dice que estos tres nombres hebreos pueden llamarse en español: Diana, Casilda y Cornelia). No hubo jamás en toda la tierra mujeres tan hermosas como las hijas de Job; e hízolas su padre entrar a la parte de la herencia como a sus hermanos.

Después de estas cosas, vivió Job ciento cuarenta años, en que vio a sus hijos y nietos hasta la cuarta generación; y murió ya muy viejo y lleno de días.

Fue Job un gran santo que no se ensoberbeció con las riquezas, ni desesperó con la enfermedad y la pobreza, siendo un gran ejemplo para ricos y pobres, y para enfermos y sanos.

Conclusión: ¿Los ricos también se salvan?

Algunos teólogos progresistas, al leer en el Evangelio las palabras de Jesucristo, que dijo: *«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios»*, sacan como conclusión que los ricos no pueden salvarse. Y esto no es verdad, porque aquí tenemos el ejemplo de Job, que fue un gran santo, siendo al mismo tiempo muy rico.

Pero no solamente Job fue un santo muy rico, sino que da la coincidencia de que todos los mayores santos del Antiguo Testamento, fueron también muy ricos.

San Agustín dice: «Aquéllos que dicen que los ricos no se pueden salvar, no tienen en cuenta en sus disputas que nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, eran muy ricos, como atestigua la Escritura infalible, y de los cuales dijo Cristo que *muchos vendrían del Oriente y del Occidente y se sentarían con ellos a la mesa en el reino de los cielos»* (Epist. 157).

San Pedro Crisólogo, también dice: «Dios recibió al pobre, pero no rechazó al rico. Abraham, Job y David fueron ricos, y ¿quién más bienaventurado que Abraham? ¿Quién más fuerte que Job? ¿Quién más santo que David? (Serm. 28).

Y continúa San Agustín: «Lee las Escrituras y verás que Abraham fue rico (Gen. 3,2). Poseía Abraham gran cantidad de oro, plata, ganados y siervos; era rico, y para que veas que no se deben condenar las riquezas, fue llevado Lázaro pobre, a su seno. El pobre en el seno del rico... (ML 36,574).

Dice San Juan Crisóstomo: «¿Pues qué? ¿Es que puede salvarse un rico? ¡Pues claro! ¿No fueron ricos Abraham, Job y Jacob? ¿Habéis visto las riquezas de Abraham? Pues mirad su hospitalidad. ¿Habéis visto su mesa? Pues mirad su templanza. Claro que fue rico Abraham, ¿es que os lo he discutido nunca?» (MG. 55,500).

No son las riquezas las que condenan al hombre, sino su falta de caridad.